

La crítica histórica y la historia implícita de Cedomil Goic

Luis Alberto López-Soto
Universidad de Sonora

El presente ensayo es una reflexión sobre *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* de Cedomil Goic, a la luz de algunos rasgos y ejes generales sobre su periodización y las implicaciones conceptuales sobre historia y crítica. El propósito de este trabajo es analizar cómo se traza en la mencionada obra el quehacer historiográfico de la literatura hispanoamericana, con el fin de pensar las nociones tradicionalmente excluyentes de historia y crítica literaria. Así, es mi postura que en la obra de Goic subyace una tentativa por trazar el bagaje literario a partir de un marco conceptual en el cual tales nociones parecerían figurar difuminadas. Dada la homóloga naturaleza epistemológica de estas dos disciplinas, se sugiere, no una equiparación, sino una relativa alternancia de funciones en la construcción del conocimiento sobre el hecho literario, para lo cual se hace una revisión de la estructura genérica de la obra en cuestión, basando mi hipótesis en los trabajos que, al respecto de historia y crítica literaria, ha realizado Rene Wellek.

Es un innegable lugar común decir que, durante mucho tiempo, se ha entendido (con razón o no) a los países americanos como una mera extensión, un satélite de la España hegemónica de los siglos XVI y XVII. No obstante, son considerables los proyectos decimonónicos cuyos afanes de diferenciación y representatividad resultaron notables, sobre todo a partir de las llamadas independencias nacionales en el aspecto político, así como el aporte importante en la conformación de una estética continental y de vocación educadora, llevado a cabo por figuras como Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Ignacio Manuel Altamirano, entre otros. Es, asimismo, significativo el peso que ciertos productos intelectuales, ya no con la coerción política, sino simbólicamente por medio de la letra, siguen todavía influyendo en el quehacer cultural de las Américas. El resultado sería, después de un siglo XIX antiespañol a lo largo de toda la América hispana, una especie de relación amor-odio con lo peninsular.

Por hablar de la literatura hispanoamericana como un cuerpo diferenciado de autores, obras y temas, el espectro cultural adquiere una relevancia significativa debido al carácter identitario que aquella ha intentado cumplir: la literatura ha sido la práctica discursiva en la que se ha evidenciado una intencionalidad y función eminentemente orgánica y de cohesión social entre las fuerzas ideológicas, con el fin de legitimarse.

Tanto en las formulaciones literarias como en el ámbito general de las letras y la educación, la consigna independentista involucró una reacción francamente opositora a lo español. Sin embargo, pese a esto, como un fenómeno insoslayable de la Conquista y Colonia, y acaso en una suerte de trasplante de visión de mundo —matizado por el bagaje prehispánico que posibilitó el sincretismo religioso y el mestizaje racial—, la herencia literaria española en las latitudes americanas es el elemento *sine qua non* de la idiosincrasia de los pueblos hoy rubricados bajo el término presumiblemente homogenizador de Hispanoamérica.

Así, en este contexto amplio, aquí apenas esbozado, de antecedentes y supuestos históricos se inserta o explica la filiación, explícita o no, al horizonte peninsular con que se aborda la realidad hispanoamericana en su diversidad: desde el río Bravo hasta la región de Patagonia, el espectro geográfico y cultural puede parecer apabullante en la búsqueda de la “unidad reveladora”. En las disímiles expectativas sobre el mundo, se evidencia la complejidad que representa intentar asir los rasgos “esenciales” y/o particulares de la cultura hispanoamericana, constituida por toda una red de visiones traspuestas y, por ende, híbridas o heteróclitas.

Tal influencia o filiación se encuentra, en este caso, explícitamente anotada: el crítico chileno Cedomil Goic ha correspondido en la vertiente hispanoamericana al producto académico que significó la obra del crítico español Francisco Rico en su *Historia y crítica de la literatura española*, con la colaboración, a su vez, de diferentes especialistas en los temas agrupados en ocho tomos y que conforman un *corpus* panorámico de períodos nombrados como “Edad Media”, “Siglos de Oro (Renacimiento y Barroco)”, “Ilustración y Neoclasicismo”, “Romanticismo y Realismo”, “Modernismo y 98” y “Época Contemporánea (1914-1939, 1939-1980)”. A su modo, es una obra que arroja luz sobre los principales valores estéticos de la literatura occidental acotados en el cúmulo de la tradición literaria española, bajo la consigna de ser ésta el registro inmediato por antonomasia de la lengua castellana. Ocho años después, valiéndose de un *mutatis mutandis* (Goic 9) resultante del obvio problema metodológico que subyace en trasladar modelos conceptuales a contextos diferentes, aunque hermanados por el vínculo de la misma lengua, la versión de Goic reformula en el ámbito hispanoamericano el proyecto de incorporar —fundiéndolos implícitamente— visión histórica y crítica especializada.

Tal proyecto implicó, por una parte, otra periodización y respondió, por otra, al mismo espíritu planteado por Rico y que Cedomil Goic retoma: trascender las consabidas bases de datos y resúmenes regularmente formulados en los manuales de literatura, para apostar por una historia

[...] que considere las contribuciones más importantes que la crítica de más calidad y desde los más variados puntos de vista ha dedicado a diversos aspectos de las obras, autores, géneros y períodos y a los problemas fundamentales de las letras hispanoamericanas. (9)

El hecho de que el foco de atención sea, a la luz de la anterior aclaración, en obras, autores, géneros, períodos y lo que denomina como “problemas fundamentales”, representa, a su modo, una base ciertamente tradicional. Sin embargo, el carácter diverso de los criterios de análisis encontrados en las introducciones a los capítulos, permiten una historia ajena a lo monolítico. La numerosa variedad de críticos colaboradores en los diferentes artículos es muestra elocuente de que se está frente a un abanico de posibilidades sumamente rico, aunque, en el fondo la línea de selección de autores y periodos esté ya consignada y responda a una filiación ideológica: los autores tratados en esta historia son aquellos que han continuado la llamada tradición culta de “las grandes cumbres” (Goic 9) y que parecen ser relevantes, desde el punto de vista de la currícula académica, en el proceso de la literatura hispanoamericana. (La literatura es sólo la escrita: a excepción del tomo II en el cual un capítulo está dedicado al romance como género, es notable la ausencia de literatura oral o en su vertiente popular.) De ahí que uno de los objetivos que Goic plantea es su función didáctica y expositiva, en los cursos universitarios de grado y postgrado a lo largo de Hispanoamérica y EE.UU. (10).

En su periodización general, Cedomil Goic propone lo más o menos consensuado: la literatura hispanoamericana se inicia con el descubrimiento de América. El primer tomo, “La época colonial”, finaliza con la independencia hispanoamericana, para seguirle “Del romanticismo al modernismo” y terminar con “La época contemporánea”. En el primer periodo se cimienta una base política que, por el solo título, podría ser aparente y únicamente el criterio de periodización. Ante tal equívoco, la conciencia historiográfica de Goic afirma:

epígrafes como *Época colonial*, *Del romanticismo al Modernismo* o *Época contemporánea* no son muy satisfactorios y rompen la pertinencia objetiva con criterios desigualmente políticos, artístico-literarios o puramente cronológicos, que son, por lo demás, la plaga universal de la historiografía literaria. (13)

Esta concienciación es, por una parte, una reacción frente a las visiones meramente narrativas y, por ende, no razonadas y que Goic llama como “la plaga universal” en las historias tradicionales. Por otra parte, tal apunte evidencia una cierta aproximación subrepticia al enfoque crítico: en la alusión a las perspectivas políticas, artísticas-literarias (o estéticas) se enuncia la tácita naturaleza conceptual en toda pretensión historicista. Es la selección, denominación y construcción textual de los períodos a historiar que constituye un tejido de relaciones vinculadas a la crítica como práctica epistemológica. De esta forma, el desdén por la rotulación periódica es debido a la historia temática-crítica –y no cronológica– que se plantea Goic, formulada en el primer capítulo de cada uno de los tomos en donde, con el título “Temas y problemas de la literatura” (“colonial”, “del romanticismo al modernismo” y “contemporánea”, respectivamente), se abordan las generalidades y ejes principales del fascículo en cuestión. Así pues, la capitulación responde, sí a una línea temporal: por ejemplo, en el primer tomo, el género de las crónicas le antecede al inca Garcilaso de la Vega, pero su

encadenamiento no es necesariamente progresista o de continuidad unívoca. La tematización generada por las diferentes perspectivas y particularidades que los artículos tratan sobre los autores y obras en concreto, rompe toda visión mecanicista.

La selección de lo historiado podría engendrar un cuestionamiento al indagar por qué se elige a tal o cual autor a tratar o no, pues la decisión del investigador-historiador se sostiene – huelga decir, la hegemonía del *status quo* academicista– en parte por los valores estéticos europeizantes y endilgados a las Américas para fungir como validados, y a partir de los cuales se intenta hacer una

selección de textos que se ordenan cronológica y temáticamente para trazar la trayectoria histórica [...] en una visión centrada en los grandes géneros, autores y obras, épocas y cuestiones principales, de acuerdo a la crítica de mayor solvencia. (10)

Esta “mayor solvencia” se halla, quizás, entendida como el rigor intelectual que supone describir y explicar la problemática de la literatura desde un punto de vista de análisis presumiblemente objetivo y con la conciencia de que la disciplina de los estudios literarios es un espacio de conocimiento específico y diferenciado de disciplinas afines como las ciencias sociales. De esta forma, se excluyen en esta historia artículos y ensayos de carácter impresionistas o anecdóticos que nada aportan a la conceptualización de las obras literarias en su complejidad y profundidad, para optar por “una crítica de contribución documental o de análisis o interpretación significativa” (15). Este rigor podría implicar una autoridad casi a manera *ex cathedra* por parte de los críticos colaboradores. Lo cierto, sin embargo, es que, debido a la naturaleza propia de historicidad (y a veces de franca inasibilidad) del objeto llamado *literatura*, las apreciaciones críticas sólo se validan en función de otras, en una dialéctica constante que no sustenta fijamente en el análisis u opinión de tal o cual crítico. Los “grandes géneros, autores y obras, épocas y cuestiones principales” están de alguna manera dictados por un núcleo de autoridades que delimitan o circunscriben lo historiable a tal cuerpo de obras y tema. Goic se filia al canon establecido por P. Henríquez Ureña, J. Leguizamón, A. Torres, Rioseco, L. A. Sánchez, E. Anderson Imbert y J.J. Arram, entre otros (14).

En cuanto a la multiplicidad de visiones críticas sobre los distintos autores hispanoamericanos, que en cierto sentido significaría aparentemente un solo ejercicio centrífugo, cabe aducir que se trata, al fin y al cabo, de un signo revelador de la vastedad de formas y manifestaciones literarias en Hispanoamérica: desde la breve reflexión de Juan M. Lope Blanch en “El español de América” hasta el rastreo de los códigos simbólicos y alusiones mitológicas y demás referentes históricos en “Descripción de *Piedra de sol*” de José Emilio Pacheco, pasando por el apunte concreto sobre la antipoesía en “La antipoesía de Nicanor Parra” escrito por el mismo Goic. En la variedad, no obstante, como hace notar el mismo historiador chileno, es notable la relativa predominancia de aquellos acercamientos cuyas perspectivas formulan sus análisis desde una conceptualización sociologizante o, al menos, de implicaciones socio-históricas vinculadas inherentemente a la estética de las obras y autores en sí:

Pese a las tendencias estructuralistas de los años sesenta y el postestructuralismo, el estudio de la obra particular en su relación a su contexto social es el acercamiento constante aunque modificado por esas nuevas orientaciones teóricas y metodológicas. (15)

Tal nota revela, desde una dimensión más profunda, un síntoma del perfil de la crítica en el ámbito hispanoamericano. Si la teoría propiamente dicha está aquí asociada al estructuralismo y postestructuralismo, ¿cuál es el estatus de los estudios “en relación al contexto social”? ¿Crítica sociologizante? ¿Sociohistórica? La dinámica que parecería encerrar esta aparente disyuntiva se refiere a una dialéctica en la que una metodología o técnica específica se ve imbricada con un acercamiento de índole más contextual. La crítica especializada se sirve, así, de la historia general. En esta dialéctica subyace un debate más amplio: al binomio historia literaria y crítica literaria se subsume la conceptualización y la función de la teoría: “están tan completamente interrelacionadas que es inconcebible la teoría literaria sin la crítica o la historia, o la crítica sin la teoría o la historia, o esta última sin las dos primeras” (Wellek 7). Más allá de un debate al que el comparatista Wellek llama como “puramente verbalista” (8), en el fondo se encuentra una complejo e inextricable substrato conceptual. La historia, en el caso hispanoamericano, parece fungir de base, pues es sobre ésta que la labor crítica y la teoría tienden a construir su campo de conocimiento y posibles hallazgos.

Es así que el derrotero social de los estudios literarios, producto de un siglo XIX permeado de proyectos intelectuales con perfil de función pública y educativa, tiene su sustrato en el concepto de literatura con base en cierta noción del arte literario asociado a la comunicación, la expresión de un alma nacional ávida de representatividad. En este caso no es, empero, una vuelta al nacionalismo-romántico, sino su acrisolada versión apoyada por la ineludible relación entre historia y literatura, e influidos vagamente por las orientaciones marxistas que, nacidas en Europa, tuvieron tanto eco en Hispanoamérica: la literatura como un reflejo social, sobre todo un espejo, un mapa consciente de la realidad. La literatura de cuño realista, referencial, sería, por así decirlo, la depositaria ideal de tal perspectiva. Un siglo XIX plagado de búsqueda de construcción de identidades nacionales a partir de la estetización de imágenes criollas y mestizas, a la par que el filón de la literatura comprometida y el indigenismo en el siglo XX, están de antemano perfilados bajo esa modelización general.

Más adelante, la modernidad literaria supuesta por las vanguardias (Yurkievich 54) y lo que en su artículo Ana María Barrenechea llama “la crisis del contrato mimético” (67), modifican substancialmente el espectro una vez sobrevenida la vida literaria contemporánea. El texto literario deviene, así, una particularidad, una entelequia fragmentada y disociada de la colectividad y el cúmulo de fenómenos nombrados como realidad. El concepto de literatura se transfigura de una ontología, una mimesis, hasta llegar a ser una fenomenología. A la par que el imaginario social, las pujanzas económicas intrincadas entre el capitalismo (es decir, la industrialización) y el subdesarrollo, el concepto de realismo tradicional y europeo se ve confrontado, a mediados de siglo XX, con el advenimiento de las obras “mágicorealistas”, en

cuyo debate se postulan conceptos y figuraciones de orden identitarios que trascienden, supuestamente, la representación estética entendida por el *macondismo*.

Este proceso de transformación o ruptura, desde la perspectiva de la obra de Goic, y a la luz de los textos de Barrenechea y Yurkievich, sugiere, de algún modo, que la historia literaria hispanoamericana evoluciona en un sentido complejizante, acaso no lineal-progresiva, pero sí en una dialéctica en donde se alude a que las obras hispanoamericanas del siglo XX adquieren una “madurez”. En el alcance de una real representatividad, después de una larga relación centro-periferia, se afirma que la literatura hispanoamericana “se hizo sincrónica con la europea con la que guardó regularmente durante los siglos pasados cierta discronía negativa, un cierto retraso en la lectura de las tendencias vigentes” (Goic 23). Más allá de despertar una posición políticamente correcta y valoración equitativa de las tendencias literarias hispanoamericanas respecto a las europeas, pretendiendo afirmar en el fondo un antieuropeísmo para legitimar, como en el siglo XIX, un espacio y un cuerpo de obras y temas diferenciados (que Goic los entiende, al menos en esta cita, como “tardíos”), la afirmación de éste se entiende como un síntoma de adaptación o filiación ideológica, auspiciada por la infraestructura de la institución académica hispana. El desfase implicado en la literatura novohispana (colonial), el romanticismo o el modernismo —“nuestro verdadero romanticismo hispanoamericano”, para Octavio Paz (128)— conlleva la noción de una historia en donde la Colonia europea produce todavía un orden hegemónico. La afirmación de Goic en el sentido del desfase de la literatura hispanoamericana debe, sin embargo, entenderse como una situación de plena “exportación” (válgame la expresión) literaria, en donde “la autoconciencia hispanoamericana de vivir un momento especial de su historia literaria” (23). No obstante, la historia, lo historiable, la escriben y determinan los dueños de la lengua y la cátedra, a pesar de haber sido ya deshabilitadas, por decirlo así, la cruz y la espada. Sin embargo, La querrela entre hispanistas (o europeizantes) y americanistas resulta hoy estéril, pues no se puede entender, de ningún modo, la literatura hispanoamericana y su historia como una mera suerte de ecos periféricos o desde un ingenuo vacío continental, cuando los procesos mismos actúan con base en una dinámica de contacto y conflicto irresoluble. En el tomo II, refiriéndose al romanticismo y al modernismo, Goic escribe: “las dos tendencias desarrollan contradictorias aspiraciones de búsqueda de identidad y afirmación nacional, por un lado, y de europeización y modernización al mismo tiempo, por otro” (23). Esa búsqueda continua de modernidad, asociada más bien a la europeización estética como una obsesión hispanoamericana, no es sino un impulso de cambio, novedad y renovación, rasgo común a diferentes literaturas.

Asimismo, tal “madurez” se halla relacionada o posibilitada gracias al factor cuantitativo: “más escritores escriben más en todas y cada una de las naciones del continente”, por una parte, y al antecedente cualitativo del siglo anterior, por otra, “también es más claro que en el siglo XIX el puesto de escritor en la sociedad es más diferenciada su función y más prestigiosa su actividad y más significativa su sociedad” (Goic 23). La clave socio-histórica como uno de los factores del

realce contemporáneo de obras y autores hispanoamericanos (léase, el llamado *boom*) tiene, asimismo, su posible explicación en la mirada que los otros, no hispanoamericanos, hacen sobre aquéllos: “para el crédito hispanoamericano este reconocimiento viene de europeos y norteamericanos” (Goic 23). Entre líneas, se observa cómo el mundo postcolonial de las Américas ha adquirido presumiblemente, después de padecer bajo la negación, una representatividad basada, al menos en el caso de la literatura, en las potencialidades de la hibridez. No reducida ésta a la sola mezcla de valores y códigos opuestos, la lógica por desentrañar en este proceso de transformación presenta algunos patrones revisionistas. Planteando desde el primer tomo, Goic escribe:

Los escritores de la época de la independencia y de las luchas concentraron el interés patriótico en el pasado cercano, cuando no lo fijaron en el pasado indígena que presentaban como el propio, como una manea de desligarse del hispanismo tradicional en un vano propósito de ruptura hispanóphobo. Los narradores y los poetas contemporáneos establecen un diálogo textual con la literatura de crónicas y antiguos poemas épicos en las obras de Asturias, Carpentier, Cortázar, Fuentes, García Márquez, Reynaldo Arenas, y en la poesía de Mistral, Neruda, Paz, Cardenal y Cisneros, y en el teatro contemporáneo de Usigli, Ribeyro y Viñas. El movimiento es ahora diferente y se orienta más bien hacia la búsqueda de raíces, al menos ciertas raíces fundamentales, indígenas e hispánicas, dentro de la compleja realidad hispanoamericana. (36)

A la luz de este esbozo del proceso literario hispanoamericano, la historia se torna a veces una cronología irrepetible y a veces vuelve sobre sí misma. Aquí se observa, por su parte, cómo el continuo cambio se corresponde también con la continua vuelta hacia las fuentes con una diferente mirada e intereses, en un trazo de diálogos o puentes para trazar el fenómeno literario y, con él, la historia literaria..

Como la de Francisco Rico, esta forma, digamos “nueva”, de asumir la historia literaria, no es, pues, ya más una nómina sucesiva de autores y fechas. La línea temporal suscita, en este sentido, una reflexión. O de la línea misma se desprende una orientación. Si, por una parte, pensar la historia es, de algún modo, un ejercicio de meta-reflexión; por otra, pensar específicamente la historia literaria de los pueblos hispanoamericanos en sus voces, tendencias, tradiciones, estilos, podría suponer una serie de implicaciones de ídoles revisionistas y, por ende, críticas.

De una forma subrepticia, tales implicaciones deconstruyen la frontera tenue y/o imaginaria, como en analogía del esquema lingüístico saussuriano, entre el significante supuesto por el marco conceptual (entendido a veces a manera de mera escenografía carente de significación) de la línea o lógica de la temporalidad; y el elemento del significado contribuido por la mirada de la valoración, la clasificación crítica que procura dar un sentido a lo historiado.

Asimismo, el formato conceptual de Goic (basado en el de Rico), que intenta conjuntar visión histórica (es decir, un enfoque panorámico, dialéctico, dinámico, evolutivo, etc.) y apunte crítico, permite abordar el objeto de estudio desde una perspectiva doble y complementaria:

tanto diacrónica como sincrónicamente, el discurso típicamente monolítico de la historia tradicional se redimensiona adentrándose en la intercalación de diversos estudios que, si bien indexados y ordenados con base en los autores tratados, responden en su contenido más bien a toda una problematización diversa de géneros, temáticas y estéticas que logra superar un mero enfoque romántico: por ejemplo, en el apartado titulado “Sor Juana Inés de la Cruz y la poesía” un artículo como “Amor-locura en sor Juana y Quevedo”, que explora una constante barroca, arrojando luz sobre la poética barroca, es decir, del siglo XVII español y novohispano.

El riesgo de esta conjunción es, sin embargo, estar sólo frente a una antología de crítica especializada disfrazada de historia, es decir, que la tal no dé cuenta del proceso evolutivo referido a la literatura hispanoamericana como un producto pleno de una significación socio-histórica y sujeto, como todo producto cultural, a la lógica del cambio o evolución. So pena de caer en un simplismo o reduccionismo, en tanto que la crítica analiza, clasifica, conceptualiza; la historia confronta líneas o ejes comunicativos y señala los elementos convergentes en los distintos momentos del fenómeno literario.

Aunque contiguas, estas dos distintas funciones se encuentran formuladas en *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* a través de la organización intercalada en los artículos propiamente críticos y las introducciones a cada uno de aquéllos. Por ejemplo, en el tomo III, abocado a la época contemporánea, se lee en la introducción al capítulo 4, “Octavio Paz, Nicanor Parra, el Surrealismo y la antipoesía”:

La segunda vanguardia se desarrolla, inicialmente, a imitación y luego en rechazo de la primera y de sus grandes poetas, Huidobro, Neruda, Vallejo. La generación de los nacidos de 1905 a 1919 realiza su gestación histórica entre 1935 y 1949, paralelamente al más activo período de vigencia vanguardista. A partir de 1935, aproximadamente, se definen ya rasgos de disidencia en los grupos juveniles frente a la primera vanguardia que toman diversas formas. (177)

Este tono de discurso histórico lineal, descriptivo, supone una intención por marcar un trayecto de continuidad y pugna entre estéticas, grupos, generaciones, filiándose, al menos en este episodio, a una concepción de la historia: la literatura es la resultante de una dialéctica constante entre generaciones. Asimismo, este tono que presenta e introduce al objeto de estudio va ya sugiriendo ciertas perspectivas de análisis, acercándolo soslayadamente a la crítica, es decir, a cierta directriz interpretativa:

Los poetas y las tendencias que se manifestaron luego pueden caracterizarse en tres órdenes o direcciones diferentes. 1) Poesía como conocimiento o revelación. La dimensión representativa de la poesía adquiere una dimensión [...] 2) Poesía como creación o construcción de un objeto nuevo y autónomo. Aspecto implicado en la adhesión [...] 3) Poesía como destrucción, humor negro, ironía, sátira.... [...] Aunque estos tres aspectos no se dan necesariamente separados, su predominio permite distinguir ciertas tendencias y diferenciar unos poetas con otros. (179)

Los hallazgos que en materia de análisis y crítica en el campo de lo que se llamaría como propiamente histórico, revelan un problema, una paradoja: es hasta cierto punto imposible disociar historia y crítica. No obstante, no deben éstas confundirse.

La obra de Cedomil Goic es, en ese sentido, sintomática de tal problema e intenta, al parecer, resolverlo en la conjunción e intercalación de roles, de tal manera que la crítica de calidad, especializada, es una forma de hacer historia implícita o interna, pues supone construir no sólo el objeto de estudio del *corpus* (los autores, las obras), sino establecer vínculos con los precedentes, en aras de observar éstos y aquellos con mayor amplitud y contexto. O viceversa, esta historia literaria es también una historia de la crítica, de la lectura de aquellos autores que han resultado trascendentes en el desarrollo de la literatura hispanoamericana. Cual herramientas epistemológicas, la sincronía (equiparada a la crítica) y la diacronía (equiparada a la historia) se perfilan una a otra como matices simultáneas de una misma búsqueda significativa: los temas y los problemas sugeridos en los artículos en la obra de Goic son la resultante de una conciencia meta-histórica.

Obras citadas

- Barrenechea, Ana María. “La crisis del contrato mimético en los textos contemporáneos” *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Grijalbo-Crítica, 1988. 63-67.
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Grijalbo-Crítica, 1988.
- Paz, Octavio. *Los hijos del limo*. 3era. ed. Barcelona: Seix-Barral, 1981.
- Rico, Francisco. *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Grijalbo-Crítica, 1980.
- Wellek, Rene. *Historia literaria. Problemas y conceptos*. Barcelona: Laia, 1983.
- Yurkievich, Saúl. “Los avatares de la vanguardia” *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Grijalbo-Crítica, 1988. 51-57.